

JAVIER ZARZALEJOS

POR QUÉ SEGUIMOS

En su *Homo videns* Giovanni Sartori habla del “postpensamiento” para referirse a una nueva era en la que lo visible ha desplazado a lo inteligible. Sería divertido que para cumplir con el “homo videns” rebautizáramos esta publicación como “*Cuadernos de Postpensamiento Político*”. Pero no; quedaría raro. Tomamos buena nota del análisis brillante y anticipatorio del profesor Sartori –quien nos ha honrado aceptando el VI Premio FAES de la Libertad–, pero, siguiendo su magisterio, hace tiempo decidimos no rendirnos a lo “post”.

Es posible que para algunos esta decisión nos relegue a la condición de rareza evolutiva. Para ciertas miradas paternalistas, la combinación de papel y pensamiento es, en el mejor de los casos, algo así como una “pasión inútil”. En el peor, una provocación de los que se atreven a desafiar a los nuevos amos del pensamiento que han decretado el fin de los relatos de sentido; una insolencia de los que impugnan el relativismo y no se conforman con la verdad procedimental; una osadía de quienes insisten en demarrar para tomar distancia del pelotón de lo políticamente correcto.

Sigue siendo provocador hablar de la libertad como motor de la historia, preferir a Locke frente a Rousseau, y la libertad de los modernos sobre la de

Javier Zarzalejos es secretario general de la Fundación FAES.

los antiguos. Pero optamos por las reformas frente a la ruptura, y afirmamos la ciudadanía integradora de la Constitución sobre la “gente” a la que apela el populismo para dividir y antagonizar. No tragamos con el caballo de Troya de la democracia “participativa”, regalo de aparente regeneración, pero lleno de “*little platoons*” bolivarianos. Seguiremos denunciando la fascinación por la violencia de los totalitarios que viven entre nosotros, por la misma razón que negamos la condición de presos políticos a los condenados por terrorismo.

Sabemos que no es fácil subrayar el valor de las instituciones como depositarias de experiencias colectivas valiosas, ni tampoco lo es aclarar que una tradición no es cualquier festejo pueblerino de verano recién inventado sino memoria cívica y comunitaria, cuando menos respetable. Recordamos que el muro de Berlín no cayó sino que fue derrumbado por los que querían vivir en libertad y que, por ello mismo, nunca pasaban de la zona occidental a la oriental sino que huían –tantas veces al precio de su vida– porque preferían pasear por la “Kurfürstendamm” a desfilarse por el “Karl Marx allee”.

Rechazamos la deconstrucción neomedieval de la sociedad y la ciudadanía mediante la fragmentación en grupos amparados por la cultura de la queja y el multiculturalismo, que reivindican la diferencia no como libertad sino como derecho de segregación social. Creemos que es muy sano sospechar de las filosofías de la sospecha que llevan al autoodio destructivo contra todo lo que significa Occidente. Atenas, Roma y Jerusalén forman la materia de nuestra cultura y sin ellas no se explica la Ilustración. En esta construcción cultural –y en ninguna otra– es donde se generan la democracia representativa, los derechos humanos, la economía abierta, el Estado de derecho y el paradigma científico-racional.

No nos quedamos a vivir en la comodidad inatacable de la utopía, siempre a salvo del contraste con la realidad, sino que pensamos la realidad concreta y humana de las sociedades imperfectas, abiertas a la discusión y siempre necesitadas de mejora. Tratamos el buenismo y el adanismo como males invasivos de la política. Mantenemos que la economía de mercado es el mejor de los sistemas porque genera prosperidad mediante el respeto a la libertad y es el único que ha demostrado la capacidad de hacer de sus crisis oportunidades de regeneración. Entendemos que el Estado del bienestar está

incorporado al contrato social europeo y responde a valores de solidaridad y cohesión social profundamente sentidos entre nosotros. Somos conscientes de los desafíos que plantea su sostenibilidad por lo que, para su garantía de futuro, debe concurrir la actuación combinada del Estado, el mercado y la sociedad civil, unidos en un firme impulso reformador. No pedimos al Estado que nos haga felices sino que respete y proteja nuestra propia búsqueda de la felicidad mediante la realización libre del proyecto personal y familiar de cada uno.

Somos conscientes de que la política solo es éticamente creíble si traduce el discurso de los valores a la práctica de las virtudes. La igualdad debe serlo, ante todo, de oportunidades. La educación, un mercado laboral abierto para acceder al empleo y la transparencia de la actuación de los actores económicos deben ser fundamento de esa igualdad e impedir posiciones ilegítimas de privilegio y ventaja, entre otras, las derivadas de la corrupción.

Somos deudores de la Transición como el proceso genuinamente democrático que hizo posible la convivencia de una España conciliada dentro de un sistema pluralista de libertades. La Constitución de 1978 es un extraordinario logro político que abrió –y ha garantizado desde entonces– un periodo inédito de prosperidad y libertad. Rechazamos la manipulación arbitraria de la historia a manos de una memoria subjetiva y sectaria que busque descalificar el esfuerzo de conciliación entre los españoles. Frente al éxito de este esfuerzo, ha irrumpido un populismo de izquierda cuyo propósito rupturista y deslegitimador del sistema constitucional discurre por la misma vía argumental que construyó la violencia terrorista para justificar su persistencia en el terror contra la democracia.

Somos ciudadanos libres e iguales en virtud de la Constitución que se fundamenta en la unidad de la Nación española. Nuestra condición de españoles no es un precipitado histórico accidental sino el resultado de la constitución de nuestro país como un sujeto histórico, estatal y nacional, en el que hemos tejido vínculos culturales, afectivos y políticos que expresan su continuidad histórica. De su soberanía somos todos titulares y, en consecuencia, reivindicamos el derecho absolutamente irrenunciable a seguir ejerciéndola en común.

Concurren en nuestra identidad componentes plurales pero no excluyentes, de modo que autonomía y soberanía se ordenan en la organización del Estado. Depositamos en la Constitución la garantía del pluralismo político y territorial y la instancia efectiva de legitimación del Estado autonómico. España es reconocible a lo largo de su historia en su proyección internacional que se fortalece en su compromiso europeo y en su dimensión atlántica. El Atlántico nos une a la comunidad iberoamericana con vínculos privilegiados y está llamado a reforzarse como clave de nuestra seguridad y espacio de prosperidad y desarrollo democrático.

Hay buenas razones para no hacer de una sociedad en transformación sinónimo de una sociedad instalada en la indiferencia de la postmodernidad. No se puede hablar de política postheroica mientras en Venezuela y Cuba los demócratas arriesgan su vida y su libertad. El que crea que se ha impuesto el tiempo de lo postnacional debería pensar en cuáles, si no las naciones, son los anclajes de la Unión Europea en estos tiempos de crisis existencial. El que se las prometa muy felices creyendo haber llegado al estadio postideológico, está condenado a ser sorprendido y derrotado por los nuevos ideólogos del populismo. El que crea que hemos alcanzado el nirvana de la postpolítica, es que no ha entendido que no es un exceso de política sino su ausencia lo que deja un vacío que llenan otros, y no los mejores.

Una buena parte del pensamiento actual se sostiene sobre la efusión de la neolengua, el enaltecimiento de lo absurdo y la reaparición de la utopía, es decir, la negación totalitaria de la política de la libertad. Mientras esto ocurre, el escepticismo encuentra en la sociedad líquida la justificación para la inacción y termina alimentando la contemplación pasiva en aquellos que se niegan a aceptar que la historia continúa.

Es mucho e inquietante, pero en absoluto es todo. Y, en todo caso, cuando en la izquierda se vuelven a oír los llamamientos a conquistar la hegemonía y, en palabras de Roger Scruton, “el Kraken vuelve a emerger en el mar de nuestra complacencia”, seguir pensando la libertad es la única opción que no podemos declinar por desafiante que nos resulte.